

## ***“EL NIÑO - El secreto de la infancia” , María Montessori***

### **LAS DELICADAS CONSTRUCCIONES PSÍQUICAS**

#### **LOS PERÍODOS SENSITIVOS**

La sensibilidad del niño pequeñísimo, antes de que se halle animado de instrumentos expresivos, le conduce a una construcción psíquica primitiva, que puede permanecer oculta.

Pero este concepto no corresponde a la realidad. Decir esto sería como afirmar que el recién nacido ya posee un lenguaje completamente formado en su interior, mientras que los órganos motores de la palabra son todavía incapaces de expresarlo. Lo que existe es la predisposición a construir el lenguaje. Algo parecido ocurre en cuanto a la totalidad del mundo psíquico, del cual el lenguaje es manifestación exterior. En el niño existe la actitud creadora, la energía potencial para construirse un mundo psíquico a expensas del ambiente.

Para nosotros tiene especial interés el reciente descubrimiento de la biología relativo a los llamados períodos sensitivos, estrechamente relacionado con el fenómeno del desarrollo. ¿De qué depende el desarrollo? ¿Cómo crece un ser viviente?

Cuando se habla de desarrollo, de crecimiento, se habla de un hecho que puede comprobarse exteriormente, pero desde hace muy poco tiempo se ha penetrado en algunas particularidades de su mecanismo interno.

En los estudios modernos existen dos factores para penetrar en tales conocimientos: uno, es el estudio de las glándulas de secreción interna, las cuales se refieren al crecimiento físico y se han vulgarizado en seguida por su considerable influencia práctica en el cuidado de los niños.

El otro es el de los períodos sensitivos, que permiten abrigar la posibilidad de comprender el crecimiento psíquico.

El científico holandés Hugo de Vries descubrió los períodos sensitivos en los animales, pero fuimos nosotros, en nuestras escuelas, quienes hemos encontrado estos períodos sensitivos en el crecimiento infantil, y los hemos utilizado en la educación.

Se trata de sensibilidades especiales, que se encuentran en los seres en evolución, es decir, en los estados infantiles, los cuales son pasajeros y se limitan a la adquisición de un carácter determinado. Una vez desarrollado este carácter, cesa la sensibilidad correspondiente. Cada carácter se establece con auxilio de un impulso, de una sensibilidad pasajera. Por consiguiente, el crecimiento no es algo impreciso, una especie de fatalidad hereditaria incluida en los seres; es un trabajo minuciosamente dirigido por los instintos periódicos, o pasajeros, que impulsan hacia una actividad determinada, que quizás es distinta de la que caracterizará al individuo adulto.

Los seres en los que De Vries descubrió por primera vez los periodos sensitivos fueron los insectos, que tienen un periodo de formación muy conocido, porque experimentan metamorfosis que pueden observarse en laboratorios experimentales.

Tomaremos como ejemplo el que cita De Vries, el de un humilde gusano que es la oruga de una vulgar mariposa; se sabe que las orugas crecen con rapidez alimentándose vorazmente, y que por tanto destruyen las plantas. Aquí se trata de una oruga que durante los primeros días de vida no pudo alimentarse de las hojas grandes de los árboles, sino únicamente de las pequeñas hojas tiernas que se hallan en la extremidad de las ramas.

No obstante, el hecho es que la buena mariposa madre va por instinto a dejar los huevos precisamente en el punto opuesto, es decir, en el ángulo que forma la rama en el punto donde se insiere al tronco del árbol, para preparar a la descendencia un lugar seguro y resguardado. ¿Quién indicará a las pequeñas orugas, apenas salidas del huevo, que las hojas tiernas que necesitan se hallan en el ápice extremo y opuesto de la rama? Pero la oruga está dotada de una viva sensibilidad hacia la luz: la luz la atrae, la fascina; y el gusanillo va saltando, con el movimiento característico de las orugas, hasta la extremidad de la rama; y de ese modo se encuentra, hambriento, entre las hojas tiernas que le proporcionarán alimento. Resulta extraño que, apenas terminado este período, la luz lo deja indiferente, el instinto queda amortiguado y se apaga por completo; ya ha pasado el momento de utilidad, y ahora la oruga camina por otros lugares, para buscar otras realidades y otros modos de vida.

La oruga no ha quedado ciega ante la luz, sino sólo indiferente.

Es una sensibilidad activa que, en un instante, transforma en una especie de faquires ayunadores a las larvas de las mariposas, que fueron tan voraces para destruir hermosas y robustas plantaciones. Para su ayuno riguroso construyen una especie de sarcófago, donde quedarán sepultadas como seres sin vida. Este trabajo es intenso e irresistible, y en este sepulcro prepararán al ser adulto provisto de alas brillantísimas, llenas de belleza y luminosidad.

Es sabido que las larvas de las abejas pasan por un período en que todas las hembras pueden llegar a ser reinas. Pero la comunidad elige a una de éstas, y para ella, únicamente, las obreras componen una sustancia nutritiva exquisita, llamada por los zoólogos "jalea real". Así la elegida, a través de banquetes reales, llega a ser la reina de la comunidad. Si pasado algún tiempo, se quisiera elegir otro individuo para el reinado, y se le quisiera alimentar con el manjar más exquisito, no podría ser reina porque ha perdido el período de voracidad y, por consiguiente, su cuerpo ya no posee la capacidad de desarrollarse.

Esto permite comprender enseguida el punto esencial de la cuestión, con relación a los niños: la diferencia principal consiste en un esfuerzo anímico que conduce al cumplimiento de actos maravillosos y espléndidos, y luego en una indiferencia ciega e inepta.

En estos diversos estados, el adulto nada puede del exterior.

Pero si el niño no ha podido actuar según las directivas de su período sensitivo, se habrá perdido la ocasión de una conquista natural, y se habrá perdido para siempre.

Durante su desarrollo psíquico, el niño realiza conquistas milagrosas; la costumbre de ver estas conquistas ante nuestros ojos cotidianamente nos convierte en espectadores insensibles. ¿Pero cómo se orienta el niño, venido de la nada, en este mundo tan complicado? ¿Cómo consigue distinguir las cosas y por qué extraño prodigio consigue aprender un lenguaje con sus particularidades más minuciosas, sin tener un maestro, sino simplemente viviendo? Viviendo con simplicidad, con alegría, sin fatigarse; mientras que un adulto, para orientarse en un ambiente nuevo, necesita tantas ayudas, y para aprender una nueva lengua debe realizar áridos esfuerzos, sin conseguir nunca la perfección de la lengua materna, que se aprende en la edad infantil.

Un niño aprende las cosas en los períodos sensitivos, que se podrían parangonar a un faro encendido que ilumina interiormente, o bien a un estado eléctrico que da lugar a fenómenos activos. Esta sensibilidad permite al niño ponerse en contacto con el mundo exterior de un modo excepcionalmente intenso. Y entonces todo le resulta fácil, todo es entusiasmo y vida. Cada esfuerzo representa un aumento de poder. Cuando, en el período sensitivo, ya ha adquirido unos conocimientos, sobreviene el torpor de la indiferente fatiga.

Pero cuando algunas de estas pasiones psíquicas se apagan, otras llamas se encienden y así la infancia pasa de conquista en conquista, en una vibración vigorosa continua, que hemos llamado el gozo y la felicidad infantil. Y en esta llama resplandeciente que arde sin consumirse se desarrolla la obra creadora del mundo espiritual del hombre. En cambio, cuando desaparece el período sensitivo, las conquistas intelectuales son debidas a una actividad refleja, al esfuerzo de la voluntad, a la fatiga de la búsqueda, y en el torpor de la indiferencia nace el cansancio del trabajo. Aquí reside la diferencia fundamental, esencial, entre la psicología del niño y la psicología del adulto. Existe, pues, una especial vitalidad interior que explica los milagros de las conquistas naturales del niño. Pero si durante la época sensitiva un obstáculo se opone a su trabajo, el niño sufre un trastorno, o incluso una deformación, y éste es el martirio espiritual que aún desconocemos, pero que casi todos llevamos dentro en forma de estigmas inconscientes.

Hasta ahora, el trabajo del crecimiento, es decir, de la conquista activa de los caracteres, había pasado inadvertido; pero una larga experiencia nos ha mostrado las reacciones dolorosas y violentas del niño cuando algún obstáculo externo impide su actividad vital. Como que ignoramos las causas de estas reacciones, las juzgamos sin causa y las medimos por su resistencia a ceder a nuestras tentativas para calmarlas. Con el vago término de caprichos denominamos fenómenos que difieren mucho entre sí; capricho es todo aquello que carece de causa aparente, todo aquello que puede considerarse como una acción ilógica e indomable. Sin embargo, observamos que algunos caprichos denotan una tendencia a agravarse con el tiempo; y esto indica la existencia de causas permanentes que continúan actuando y a las que, evidentemente, no hemos encontrado remedio.

Pero los periodos sensitivos nos pueden aclarar muchos caprichos infantiles; no todos, pues existen diversas causas de luchas internas, y además muchos caprichos ya son la consecuencia de desviaciones de la normalidad que aún se agravan más con un tratamiento erróneo. Pero los caprichos relacionados con los conflictos internos que tienen lugar durante los períodos sensitivos son tan pasajeros como el período sensitivo mismo, y no dejan huellas en el carácter; no obstante, comportan la grave consecuencia de obstaculizar el desarrollo, lo cual es irreparable en el futuro desarrollo de la vida psíquica.

Los caprichos del período sensitivo son expresiones externas de necesidades insatisfechas, toques de alarma de una condición equivocada, de un peligro, y si se ha presentado la posibilidad de comprenderlos y satisfacerlos, desaparecen inmediatamente. Entonces se observa cómo al estado de agitación sigue un estado de calma. En cambio, ese estado de agitación hubiera podido asumir finalmente la forma de enfermedad. Por tanto, es necesario buscar la causa de cada manifestación infantil, que nosotros denominamos caprichosa, precisamente porque esta causa se nos escapa, cuando podría representar en cambio un guía para penetrar en los rincones misteriosos del alma infantil, y preparar un periodo de comprensión y de paz en nuestras relaciones con el niño.

## INVESTIGANDO LOS PERÍODOS SENSITIVOS

La encarnación y los periodos sensitivos pueden compararse a un orificio sobre el trabajo íntimo del alma en vía de formación, que permite entrever los órganos internos funcionando para elaborar el crecimiento psíquico del niño. Aquellos demuestran que el desarrollo psíquico no viene porque sí y que no tiene sus estimulantes en el mundo exterior, sino que es guiado por las sensibilidades pasajeras constituyendo instintos temporales que presiden la adquisición de caracteres diversos. Aunque esto se produce a expensas del ambiente exterior, éste no tiene importancia constructiva alguna, pero ofrece únicamente los medios necesarios a la vida, paralelamente a lo que ocurre con la vida del cuerpo que recibe del ambiente sus elementos vitales por la respiración.

Son las sensibilidades interiores que guían en la elección de lo necesario en el ambiente multiforme y en las situaciones favorables a su desarrollo. ¿Cómo guían? Guían convirtiendo sensible al niño únicamente para ciertas cosas e indiferente para otras. Cuando se encuentra en un período sensitivo, es como si emanara del mismo una luz divina que iluminara únicamente ciertos objetos sin iluminar los demás y en aquellos se concentra el universo para él. Pero no se trata sencillamente de un deseo intenso de encontrarse en ciertas situaciones, de no absorber más que determinados elementos; existe en el niño una facultad especialísima, única y es la de aprovechar estos períodos para su crecimiento; es durante los períodos sensitivos que efectúa sus adquisiciones psíquicas como, por ejemplo, la de orientarse en el ambiente exterior; o también, es capaz de animar de manera más perfecta e íntima sus instrumentos motores.

En estas relaciones sensitivas entre el niño y el ambiente está la llave que puede abrirnos el fondo misterioso en que el embrión espiritual desarrolla el milagro de su crecimiento.

Podemos representarnos esta maravillosa actividad creadora como una serie de emociones vivisimas que emanan del subconsciente, construyendo la conciencia del hombre al entrar en contacto con el ambiente. Parten de la confusión para alcanzar la distinción y la creación de la actividad: como ejemplo, las podemos imaginar en la adquisición del lenguaje.

En efecto, en medio de los confusos sonidos del caos, se destacan bruscamente, distintos, atractivos, fascinadores, los singulares sonidos de un lenguaje articulado incomprensible, y el alma, que todavía no desarrolla pensamiento alguno, escucha una especie de música deliciosa que llena su universo. Entonces, no todas las fibras del niño se conmueven, sino las más sensibles y finas: las fibras ocultas que, hasta entonces, no habían vibrado más que para gritar desordenadamente, se despiertan en un movimiento regular, con una disciplina y orden que modifican su manera de vibrar. Estos hechos preparan nuevos tiempos para el cosmos del embrión espiritual; vive intensamente su presente y se concentra en el mismo: la gloria futura del ser permanece ignorada.

Poco a poco el oído escucha y la lengua se mueve para una nueva articulación; ésta que hasta entonces sólo había contribuido a desarrollar succiones, comienza a sentir vibraciones interiores, va buscando en la garganta, entre los labios, en las mejillas, como obedeciendo a una fuerza ilógica e irresistible. Aquellas vibraciones son vitales, pero no sirven todavía para nada... para nada más que para procurar un gozo inefable.

El niño da muestras de este placer superior que ha nacido en él, cuando con los miembros contraídos, los puños cerrados, la cabeza erguida y vuelta hacia una persona que habla, fija con intensidad su mirada en los labios que se mueven.

Está desarrollándose un período sensitivo: es la orden divina que transmite un soplo mágico a las cosas inertes y las anima de espíritu.

Este drama interior del niño es un drama de amor; es la única realidad grande, que se desarrolla en las regiones ocultas del alma, y que, por momentos, la llena en absoluto. Estas actividades maravillosas no discurren sin haber dejado trazos indelebles, que dejan al hombre más grande, procurándole los caracteres superiores que han de acompañarle durante toda su existencia; pero se desarrollan en la humildad del silencio.

Y por ello se efectúa de un modo tranquilo e inadvertido, hasta que las condiciones del ambiente exterior corresponden suficientemente a sus necesidades interiores. En la elaboración del lenguaje, por ejemplo, que es una de las actividades más difíciles y que corresponde a la intensidad máxima de los períodos sensitivos del niño, permanece en secreto, porque el niño siempre encuentra a su alrededor personas que hablan y que le ofrecen los elementos necesarios para su construcción. Lo único que nos permite apreciar desde el exterior el estado de sensibilidad del niño es su sonrisa, su gozo exuberante cuando llega a articular algunas palabras cortas, claras, de modo que le permite distinguir los sonidos, como se distinguen las campanadas sonoras de las campanas de una catedral. O cuando se ve al niño calmarse en una actitud de beatitud, cuando al anochecer, el adulto le canta las notas armoniosas de una nana, repitiendo siempre las mismas palabras; en estas delicias, abandona el mundo consciente para entrar en el mundo de los sueños

maravillosos. Nosotros lo sabemos y por ello repetimos al niño aquellas palabras cariñosas, para recibir, a cambio, su sonrisa angelical llena de vida. Es por esto que desde los tiempos inmemoriales las gentes acuden al anochecer cerca del niño que grita pidiendo palabras y música, con la misma ansiedad que el ser que, expirando, pide auxilio y consuelo.

Estas son pruebas verdaderamente positivas de la sensibilidad creadora. Pero existen otras pruebas mucho más visibles que, sin embargo, tienen una significación negativa; es cuando en el ambiente se presenta un obstáculo que se opone al funcionamiento interior y oculto del niño, desviándole y deformándole. Entonces, la existencia de un período sensitivo, puede manifestarse con reacciones violentas, con desesperaciones que consideramos absurdas y que calificamos de caprichos. Los caprichos son la expresión de una perturbación interna, de una necesidad no satisfecha que crea un estado de tensión; representan un intento del alma para reclamar, para defenderse.

Se manifiestan por un momento de actividad inútil y desordenada que podría compararse en el campo físico a aquellos estados febriles que atacan a los niños de modo imprevisto, sin que correspondan a una causa patológica proporcionada. Es sabido que es propio del niño la particularidad de sufrir temperaturas elevadísimas para pequeñas enfermedades que no alterarían el estado normal del individuo adulto: una especie de fiebre fantástica que desaparece con la misma facilidad con que apareció. Pues bien, en el campo psíquico, pueden producirse agitaciones violentísimas por causas nimias, en relación con la sensibilidad excepcional del niño. Siempre se han observado estas reacciones; los caprichos infantiles se presentan ya desde el nacimiento y han sido consideradas como una prueba de la perversidad innata del género humano. Pues bien, si cada alteración de funciones se considera como una enfermedad funcional, también se han de clasificar como enfermedades funcionales las alteraciones que se relacionan con la vida psíquica. Los primeros caprichos del niño son las primeras enfermedades del alma.

Éstas fueron observadas porque los hechos patológicos son los primeros que se perciben; la calma nunca plantea problemas y obliga a la reflexión: son los desórdenes que nos obligan a ello. Las cosas más aparentes de la naturaleza no son sus leyes, sino sus errores. Así, nadie se da cuenta de los signos exteriores imperceptibles que acompañan a las obras creadoras de la vida ni a las funciones que la conservan. Los fenómenos de la creación, como los de la conservación, permanecen ocultos.

Ocurre tanto con las cosas vitales como con los objetos que fabricamos: una vez terminados se colocan en escaparates; pero los laboratorios están cerrados al público, aunque constituyen la parte más interesante.

Así, el mecanismo de los diversos órganos interiores en el funcionamiento del cuerpo sin duda es admirable, pero nadie lo ve, nadie lo observa. El mismo individuo que posee estos órganos portentosos y que vive gracias a los mismos, ni siquiera recuerda su organización admirable. La naturaleza trabaja sin hacerlo saber a nadie, como se describe en la caridad cristiana: "que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda". Este equilibrio armonioso de energías combinadas lo llamamos "salud, normalidad". Salud, es el triunfo en todos sus detalles, el triunfo del fin sobre las causas!

Pero nosotros comprobamos objetivamente todos los detalles de las enfermedades, mientras que las laboriosas maravillas de la salud pueden permanecer ocultas. En realidad, en la historia de la medicina, las enfermedades han sido conocidas desde los tiempos más remotos. Se encuentran vestigios de cuidados de la cirugía en los tiempos más primitivos del hombre prehistórico y los principios básicos de la medicina aparecen en las civilizaciones egipcias y griegas. Pero el descubrimiento de los órganos interiores es muy reciente. El descubrimiento de la circulación de la sangre se remonta al siglo XVII de nuestra era; la primera disección anatómica de un cuerpo humano con objeto de estudiar sus órganos interiores se efectuó en 1600. Poco a poco fue la patología, es decir la enfermedad, la que hizo penetrar y descubrir indirectamente los secretos de la fisiología, es decir los secretos de las funciones normales.

No ha de sorprendernos, pues, que solamente las enfermedades psíquicas hayan sido estudiadas en los niños y haya permanecido en la más profunda oscuridad el funcionamiento normal de su alma. Esto se explica por la delicadeza extrema de estas funciones psíquicas que elaboran sus construcciones en la sombra, en el secreto, sin posibilidad alguna de manifestarse.

Esta afirmación tiene algo de sorprendente pero no es absurda. El adulto sólo ha tenido conocimiento de las enfermedades del alma infantil, pero no de su salud: el alma sana ha permanecido ignorada, como todas las energías del universo que no han sido descubiertas todavía.

El niño sano es como el mito del hombre creado por Dios a su imagen y semejanza, pero que nadie conoce, pues sólo se conoce su descendencia deformada desde el origen.

Si nadie auxilia al niño, si el ambiente no ha sido preparado para recibirlo, será un ser en peligro continuo bajo el punto de vista de su vida psíquica. El niño es como un expósito, es decir, un abandonado, en el mundo. Está expuesto a encuentros obstruidores, a luchas por la existencia psíquica, inconscientes pero reales, de consecuencias fatales en la construcción definitiva del individuo.

El adulto no le ayuda porque ni siquiera conoce la existencia de este esfuerzo, y por ello no reconoce el milagro que se está produciendo: el milagro de la creación de la nada, efectuado aparentemente en un ser sin vida psíquica.

Este concepto lleva como consecuencia una nueva manera de tratar al niño, considerado hasta ahora como un cuerpecito vegetativo, que sólo necesita cuidados higiénicos. En la actualidad deben prevalecer las impresiones de las manifestaciones psíquicas, y, por consiguiente, las acciones hacia las cosas que se esperan y no hacia las que ya han llegado. El adulto no puede permanecer ciego frente a una realidad psíquica en vías de actuación en el recién nacido; es pues necesario que siga al niño en sus primeros desarrollos y lo secunde. No ha de ayudarlo a construirse, pues este trabajo incumbe a la naturaleza; ha de respetar con delicadeza sus manifestaciones, facilitándole los medios necesarios para construirse y que no podría procurarse por sí solo.

Y si es así, si el niño sano se halla entre los secretos de las energías ocultas y si la vida psíquica se va desarrollando sobre un fondo de desequilibrios funcionales, de enfermedades, debemos pensar en la enorme cantidad de seres deformados que sin duda deben engendrarse. Cuando aún no existía la higiene infantil, la mortalidad infantil imponía respeto por su impresionante cifra, pero no era el único fenómeno de la época: entre los sobrevivientes abundaban los ciegos, los raquíticos, los lisiados, los paralíticos y muchas otras monstruosidades y debilidades orgánicas que predisponían a las infecciones dispuestas en el ambiente (tuberculosis. Lepra, escrófula).

Debemos imaginar algo parecido en cuanto a la higiene psíquica del niño, situado en un ambiente en el que nada lo protege ni salvaguarda; ignoramos la existencia de sus funciones ocultas, que vibran en un intento de crear una armonía espiritual.

Sobre todo, la muerte; y después de la muerte, un sinfín de deformaciones, cegueras, debilidades, desarrollos obstaculizados, y además la soberbia, el ansia de poder, la avaricia, la ira, el desorden que se desarrollan en una situación de trastorno moral de todas las funciones. Este cuadro no es una figura retórica, no es un parangón: sólo es la terrible realidad del presente espiritual descrito con las mismas palabras de un reciente pasado físico.

Algunas causas, por pequeñas que sean, si actúan en el origen de la vida, pueden comportar las más profundas desviaciones. Y el hombre crece y madura en un ambiente espiritual que no es el suyo. Como dice la tradición, el hombre vive tras haber perdido el paraíso de su vida.

## **OBSERVACIONES Y EJEMPLOS**

Para demostrar la existencia de la vida psíquica en el niño pequeñísimo, no es posible recurrir a experimentos científicos, como se efectúa en la psicología experimental, y como han intentado algunos psicólogos modernos, que han sometido los estímulos sensibles del niño a la experimentación, procurando atraer su atención, y esperando cualquier manifestación motriz, que manifieste una respuesta psíquica.

Nada podrá probarse en una edad comprendida dentro del primer año de existencia, aún cuando ya exista una relación espiritual con los órganos de movimiento; es decir que la animación o encarnación ha de encontrarse ya en vías de desarrollo.

Mientras, es necesario que exista una vida psíquica, aunque sea embrionaria, preexistente a cualquier animación del movimiento voluntario.

Pero la primera animación procede de un sentimiento. Así, por ejemplo, como ha demostrado Lewin con su vulgarización por medio de la cinematografía psicológica, el niño que desea un objeto, se echa encima del mismo con un salto de todo su cuerpo; y solamente mucho más tarde le será posible (con el progreso de las coordinaciones



motrices) separar los diversos actos, como, por ejemplo, extender la mano para coger el objeto deseado.

Otro ejemplo presenta el niño de cuatro meses de edad, que se interesa en contemplar la boca de un adulto que le habla, expresándose por modulaciones vagas de los labios mudos, pero manifestándose, especialmente, con la expresión de la cabeza perfectamente rígida y altiva, como atraída por aquél fenómeno interesante. Solamente a los seis meses el niño podrá comenzar a articular alguna sílaba. Antes de iniciarse las articulaciones sonoras, existe un interés sensible en el almacenamiento de sonidos, elaborando en secreto la animación de los órganos del lenguaje, es decir, que preexiste al acto, un hecho psíquico generador. Estas sensibilidades son susceptibles de observación, pero no de experimentación. El experimento intentado por los partidarios de la psicología experimental, sería uno de los hechos externos, que podrían perjudicar el trabajo secreto de la vida psíquica infantil, llamado intempestivamente al exterior a las energías constructivas.

La vida psíquica del niño debe de observarse del mismo modo que Fabre investigó los insectos; buscándolos en su ambiente de vida, para sorprenderlos, y permaneciendo oculto para no perturbarlos. Es preciso comenzar hasta cuando los sentidos, como si fueran órganos prensiles, van aferrando y acumulando impresiones conscientes del mundo exterior, porque una vida se está desarrollando espontáneamente a expensas del ambiente exterior.

Para auxiliar al niño, no es necesario acudir a difíciles habilidades de observación o convertirse en intérprete de las mismas; bastará hallarse dispuesto a secundar aquella ama de casa, que es el alma del pequeñuelo, porque la lógica sería suficiente para convertirnos en su aliado.

Vamos a dar un ejemplo que nos explique la simplicidad del procedimiento. Empezando por una de las cosas más comunes, se cree que el niño ha de estar siempre acostado, sólo porque no puede tenerse en pie. El niño deberá adquirir sus primeras impresiones sensitivas del ambiente, del cielo, así como de la tierra, pero precisamente no se le concede la vista del cielo. En realidad, contempla el techo de la habitación que, a lo sumo, será liso y blanco, o la cubierta de su cochecito. Sin embargo, es con la vista que recogerá sus primeras impresiones sensitivas con las que ha de nutrir su espíritu hambriento. La idea de que el niño necesita ver alguna cosa es lo que ha inducido a presentarle objetos para distraer al niño de aquellas condiciones que erróneamente lo aíslan del ambiente. Entonces a semejanza del psicólogo experimental, habrá atado a la cuna el hilo de suspensión de una pelota que oscila en el aire o de otros objetos de color que se balancean, para distraer al niño. El niño ávido de recoger las imágenes del ambiente, sigue aquella pelota o aquellos objetos que se balancean delante de sus ojos y se ve obligado a seguirlos con la mirada, pues no puede mover la cabeza todavía, retorciéndose en un esfuerzo contra la naturaleza. Y este esfuerzo deformante es debido a la posición grosera y artificial en la que se encuentra, tanto respecto al objeto, como al movimiento de este objeto.

Bastaría levantar al niño, apoyándolo en un plano ligeramente inclinado, para que pudiera dominar el ambiente de la habitación; pero mejor será colocarle en un jardín donde pueda

seguir las suaves ondulaciones de las ramas en flor, las brillantes flores esparcidas a su alrededor, los pajarillos saltando y corriendo.

Es necesario que por mucho tiempo sean los mismos lugares los que sirvan de exploración al niño, pues viendo constantemente las mismas cosas, aprende a reconocerlas y a encontrarlas en su lugar respectivo, distinguiendo los movimientos de los objetos movidos por el aire, de los movimientos de los seres vivos.

## EL ORDEN

Uno de los periodos sensitivos más importante y más misteriosos es el que hace al niño sensible al orden.

Esta manifestación se presenta al final del primer año de su existencia y se prolonga durante el segundo año.

Podrá parecer maravilloso o extravagante que los niños posean un periodo sensitivo con relación al orden externo, mientras todos creen que los niños son desordenados por naturaleza.

Resulta difícil poder juzgar una actitud tan delicada cuando el niño vive en un ambiente cerrado como el de las ciudades, invadido por objetos grandes y pequeños que el adulto desplaza y mueve con finalidades completamente ajenas al niño. Si en aquel momento el niño atraviesa un periodo de sensibilidad hacia el orden, se verá rodeado de grandes obstáculos, y por consiguiente puede crearse en él un estado anormal.

¿Cuántas veces habréis visto llorar desesperadamente a un niño, sin razón alguna, es decir, caprichosamente?

¿Cuántas veces habréis observado niños pequeñísimos que lloran sin que se les pueda consolar?

En el alma del pequeñuelo hay profundos secretos, todavía desconocidos para el adulto que está con él.

Pero bastará solamente advertir la existencia de estas necesidades ocultas, para que el adulto preste la más extremada atención y pueda observar estos sentimientos específicos del alma del niño que se manifiestan.

Los niños pequeños demuestran un amor característico por el orden. Los niños de año y medio de edad a dos años demuestran claramente lo que ya se manifiesta más precozmente, aunque en forma más oscura: necesitan orden en las cosas externas. El niño no puede vivir en el desorden; este le trastorna haciéndole sufrir, manifestándose el sufrimiento con un llanto desesperado y hasta con una agitación persistente, que puede tomar la forma de una enfermedad. El niño pequeño observa enseguida el desorden que los adultos, y también niños mayores, no observan, pasándoles inadvertidamente. El orden

en el ambiente externo toca evidentemente una sensibilidad que va desapareciendo con la edad; es una de aquellas sensibilidades periódicas, propias de los seres en periodos de desarrollo, que hemos llamado periodos sensitivos y es uno de los periodos más importantes y misteriosos.

Pero si no existe el ambiente preparado y el pequeñuelo se encuentra entre los adultos, estas manifestaciones tan interesantes que se desarrollan tan pacíficamente, pueden convertirse en una congoja, en el enigma y el capricho.

Pero para poder registrar en los pequeñuelos una manifestación positiva de esta sensibilidad, es decir, una expresión de entusiasmo y de gozo en relación con su satisfacción íntima, es necesario que los adultos que le rodeen se hallen instruidos en estos estudios de psicología infantil, y con tanto mayor motivo que el período sensible del orden se manifiesta precisamente en los primeros meses de la vida. Solamente las nurses, preparadas especialmente siguiendo nuestros principios, pueden facilitar algunos ejemplos. Voy a citar el de una nurse, que recuerda como una niña de cinco meses que conducía lentamente a paseo en el interior de un cochecito por las avenidas de su quinta, mostró interés y gozo en ver una lápida de mármol blanco, encastrada en un muro antiguo de color gris. Aunque las avenidas estuvieran llenas de flores hermosísimas, la niña, en su paseo cotidiano, parecía excitarse de placer al acercarse a aquella lápida, por la cual la nurse paraba el cochecito cada día delante de aquel objeto que parecía tan extraño, para poder ofrecer un placer continuado a una niña de cinco meses.

A veces son los obstáculos los que nos facilitan una posibilidad para darnos cuenta de la existencia de un periodo sensitivo. El mayor número de caprichos precoces son debidos a estos periodos sensitivos. Voy a citar algunos ejemplos tomados de la vida real. He aquí una pequeña escena de familia: se trata de una niña pequeñita, de algunos meses, tendida ordinariamente sobre un mueble alto y oblicuo para que pudiera dominar el ambiente. La habitación no era la clásica nursery, blanca y lavable, construida según las normas higiénicas más modernas, pero se había instalado con el criterio de la higiene psíquica; las ventanas estaban provistas de vidrios de color, algunos muebles graciosos, flores abundantes y, entre otras cosas, una mesa recubierta con un tapete amarillo. Entró un día una señora de visita y apoyó su sombrilla sobre la mesa. La niña comenzó a agitarse a causa de la sombrilla, porque después de haberla mirado con insistencia comenzó a llorar. Interpretando el llanto como un deseo de jugar con la sombrilla, se la aproximaron, pero la nena la rechazó. Entonces la sombrilla fue colocada de nuevo sobre la mesa y la nurse tomando lentamente a la niña la colocó sobre la mesa próxima a la sombrilla, pero la niña se agitó con mayor intensidad. Esta reacción debía ser interpretada por los no iniciados como un capricho precoz de los que se presentan desde el nacimiento. Pero la mamá de la niña, que poseía algunas nociones sobre estas primeras manifestaciones psíquicas, separó la sombrilla de la mesa y la sacó de la habitación. Entonces la niña se calmó inmediatamente. La causa de la agitación era que la sombrilla sobre la mesa, no estaba en su lugar y este desorden turbaba violentamente el cuadro visual ordinario de las posiciones de los objetos en el orden que la niña recordaba.

Otro ejemplo: se trata de un niño mucho mayor, de un año y medio de edad, tomando yo parte activa en la escena. Me encontraba con algunas personas paseando por la Gruta de Nerón en Nápoles; con nosotros venía una joven señora que llevaba de la mano a un niño, demasiado pequeño para recorrer a pie aquel pasaje subterráneo que atraviesa una colina.

En efecto, al poco tiempo el niño se paró y la señora lo tomó en sus brazos, pero ella no había calculado sus propias fuerzas, tenía mucho calor y tuvo que pararse para quitarse su abrigo que puso en el brazo. Con aquella carga, cogió al niño de nuevo en sus brazos; este se puso a llorar enseguida y sus gemidos aumentaron considerablemente. La mamá procuró calmarle, pero todo fue inútil; estaba agotada y comenzaba a perder la paciencia. Toda la comitiva se puso nerviosa y para terminar le ofrecieron auxilio. El niño pasaba de brazo en brazo, cada vez más agitado, todos le reñían y gritaban, complicando la situación; parecía necesario que su mamá volviese a llevarlo. Pero aquello significaba ya la categoría de un capricho inadmisibile y parecía que se había llegado a una situación desesperada.

Entonces intervino el guía con su energía de hombre decidido y cogió al niño con sus brazos robustos. Este tuvo una reacción violentísima. Como yo pensaba que estas reacciones obedecen siempre a una causa psicológica, hice una tentativa, acercándome suavemente a la madre y diciéndole: "Señora, ¿me permite que le ayude a ponerse el abrigo?" Ella me miró sorprendida y confusa, pues tenía todavía bastante calor, pero se dejó poner el abrigo. El niño se calmó inmediatamente, cesaron las lágrimas y su agitación, diciendo: "Mamá! go! palda!", quería decir: "sí, mamá, el abrigo sobre la espalda!" Tenía el aspecto de reflexionar pensando: por fin, me han comprendido. Abrazaba con cariño a su mamá y la excursión terminó felizmente con toda tranquilidad. El abrigo se ha confeccionado para llevarlo sobre las espaldas y no para que forme un bulto incómodo sobre los brazos y aquel desorden en la persona de su mamá era la causa del conflicto.

Asistí a otra escena familiar muy significativa. La mamá que se sentía indispuesta estaba sentada, mejor dicho, tendida sobre un sillón, en el que la enfermera había dispuesto dos almohadones y la niña que acababa de cumplir veinte meses, se acercó a su madre suplicándole "un cuento". ¿Qué mamá se resiste al deseo vehemente de contar algo a su hijito? Aunque sufriendo, la mamá comenzó el relato fabuloso, acompañado de la expresión de ansiedad del rostro de la niña. Pero sufría tanto, que no pudo seguir hasta el desenlace final: tuvo que levantarse y hacer que la condujeran a la cama, situada en la habitación vecina. La niña se puso a llorar permaneciendo junto al sillón. Era evidente para todos que la niña se asustaría por el estado de sufrimiento de la mamá, y se procuró tranquilizarla; pero cuando la enfermera quiso coger los almohadones del sillón, para llevarlos a la habitación contigua, la niña comenzó a gritar: "¡No, los almohadones no!", como para decir: "¡Por lo menos que se quede algo en su sitio!"

La niña fue llevada a la cama de la mamá, a fuerza de caricias y palabras melosas, donde a pesar de sus sufrimientos, la madre hizo esfuerzos para continuar la relación, pensando en satisfacer la creciente curiosidad de su hijita. Pero ésta sollozando y con su rostro inundado por las lágrimas continuaba repitiendo: "Mamá, sillón". Es decir, que su mamá debería continuar en el sillón.

La fábula ya no le interesó. Las circunstancias habían provocado un suceso: la mamá y los almohadones habían cambiado de lugar; la relación maravillosa comenzada en una habitación, terminaba en otra, y el conflicto desarrollado en el alma de la nenita, era dramático e irreparable.

Estos ejemplos indican la intensidad de este instinto, sorprendiendo su extrema precocidad, porque en el niño de dos años la necesidad de orden ya entra en un estado de calma, comenzando el periodo activo y tranquilo de sus aplicaciones. Uno de los fenómenos más interesantes es el que se observa en nuestras escuelas; si un objeto no se halla en su lugar, son los niños de dos años que se dan cuenta de ello y proceden a su ordenación. Aquellos perciben enseguida los pequeños detalles de desorden, mientras pasan inadvertidos a los adultos y a niños mayores. Si, por ejemplo, una pastilla de jabón ha quedado apoyada sobre un estante en lugar de la jabonera, si una silla no se halla en la fila correspondiente, el niño de dos años se da cuenta inmediatamente de ello y corre a corregir aquel desorden. Todo el público pudo observar fenómenos semejantes en nuestra escuela de cristal, construida dentro del salón principal del edificio central de la Exposición de San Francisco, el año de la inauguración del Canal de Panamá. Un niño de dos años, después de la escuela, cuidaba de poner todas las sillas en su lugar, alineándolas a lo largo de la pared. Parecía que reflexionaba durante su trabajo. Un día apoyando una silla grande, parecía indeciso, se alejó y retrocedió seguidamente para poner la silla ligeramente desviada; ésta era la verdadera posición de la silla grande.

Se diría que el orden constituye un estímulo excitante, un reclamo activo y, en realidad, es más que esto: es una necesidad que representa un goce efectivo en la vida. En efecto, se observa en nuestras escuelas cómo niños mucho mayores, de tres y hasta de cuatro años, después de terminado un ejercicio, llevan los objetos a su lugar respectivo, labor que efectúan espontáneamente y con mucho agrado. El orden de las cosas significa conocer la colocación de los objetos en el ambiente, recordar el lugar correspondiente a cada uno. Esto representa orientarse en el ambiente poseyendolo en todas sus particularidades. El ambiente que pertenece al alma, es el ambiente conocido, aquél en que uno puede moverse con los ojos cerrados con la seguridad de poder coger con la mano todo lo que se busca. Es un lugar necesario para la tranquilidad y felicidad de la existencia. Evidentemente, el amor al orden en los niños, no es, como nosotros lo entendemos, con palabras frías.

Para el adulto se trata de un placer exterior, de un bienestar más o menos indiferente. Pero el niño se forma a expensas del ambiente y esta formación constructiva no se efectúa según una fórmula vaga, pues exige una guía precisa y determinada.

El orden para los pequeñuelos es como el plano de sustentación sobre el que se han de apoyar los seres terrestres para andar, es como el elemento líquido donde nadan los peces. En la primera edad se toman los elementos de orientación del ambiente en el cual el espíritu ha de proceder para sus conquistas futuras.

Que todo esto se refleja en un placer vital lo demuestran algunos juegos de niños muy pequeños que nos sorprenden por su falta de lógica y que se refieren al mero placer de

volver a encontrar los objetos en su lugar de siempre. Antes de ilustrarlo quiero citar un experimento realizado por el profesor Piaget de Ginebra con su hijo.

Escondía un objeto debajo del almohadón de un sillón y después alejando al niño, transportaba el objeto oculto debajo del almohadón del sillón opuesto. Su idea era que, no encontrando el niño el objeto en su lugar, lo buscaría en otra parte, y para facilitar la búsqueda, el profesor escondía el objeto en un lugar análogo. El niño se limitaba a buscar debajo del primer almohadón, diciendo en su lenguaje: "no está", pero no hacía esfuerzo alguno para buscar el objeto desaparecido. Entonces el profesor repetía el experimento, haciendo ver al niño que trasladaba el objeto de un sillón a otro, pero el niño repetía la misma escena de la vez primera, diciendo de nuevo: "No está". El profesor iba ya a deducir que faltaba inteligencia a su hijo y casi impaciente, levantó el almohadón del segundo sillón diciéndole: "¿pero no te diste cuenta de que yo lo había puesto aquí?" "Sí", respondió el chiquillo, señalando el primer sillón, "es allí que debe de estar".

El niño no concibe la acción de buscar un objeto, esto no le interesaba; su interés era que el objeto se reintegrará a su sitio y seguramente juzgaba al profesor como a una persona que no comprendía el juego. ¿El juego no consistía en transportar un objeto y en colocarlo en su sitio? Y el esconderlo de que hablaba su papá ¿no era para efectuar aquellos manejos debajo del almohadón? Pero si el objeto no volvía a su sitio, es decir, debajo del primer almohadón, ¿qué finalidad tenía el juego?

Yo sentí una sorpresa extraordinaria cuando comencé a tomar parte en el juego del escondite con niños muy pequeños (de dos a tres años). Parecían encantados por este juego, felices y llenos de expectación, pero su juego consistía en que un pequeñuelo se escondía debajo de una mesa cubierta por un tapete en presencia de todos; luego salían los demás niñitos de la habitación y al entrar de nuevo, alzaban el tapete y con gritos de gozo inefable descubrían allí a su camarada. La maniobra se repetía varias veces y cada uno al llegarle el turno decía: "ahora voy a esconderme yo", y se metía debajo de la mesa. En otra ocasión vi a varios niños más crecidos que jugaban al escondite con un pequeñuelo; éste se ocultaba detrás de un mueble y los mayorcitos al entrar de nuevo en la habitación simulaban no verle, buscándole por todas partes pensando dar gusto así al pequeñuelo; pero este gritó en seguida: "¡Estoy aquí!", con un acento que significaba: "¿Pero no habíais visto dónde estaba?"

Un día, yo misma tomé parte en uno de estos juegos infantiles: encontré un grupo de chiquillos que gritaban y batían palmas, llenos de alborozo porque había encontrado a su camarada escondido tras de una puerta. Vinieron a mi encuentro diciéndome: "juega con nosotros, escóndete!" Acepté la invitación. Todos se escaparon hacia el exterior, como cuando se marchan para no ver dónde se esconde el compañerito. Yo en lugar de situarme detrás de la puerta, me escondí en un rincón junto al armario. Cuando regresaron los pequeñuelos, todos fueron a buscarme detrás de la puerta. Esperé un instante; y comprobando con cautela que ya no me buscaban, salí de mi rincón. Los niños estaban tristes y cariacontecidos: "¿Por qué no quisiste jugar con nosotros?, ¿por qué no te escondiste?"

Si es cierto que en el juego se busca un placer (y en efecto, los niños gozaban repitiendo aquel absurdo ejercicio), hay que reconocer que la satisfacción que tienen los niños a cierta edad, consiste en hallar las cosas en su lugar respectivo. Y el juego del escondite lo interpretan como un pretexto para situar objetos en lugares escondidos o en encontrarlos en sitios invisibles, diciéndose en su interior: "No se ve desde aquí, pero yo sé dónde se encuentra y podré hallarlo con los ojos cerrados, pues conozco perfectamente el lugar donde ha sido colocado".

Todo esto demuestra que la naturaleza da al niño la sensibilidad del orden para construirse un sentido interior que no se halla destinado a conocer la diferencia entre las cosas, sino las relaciones entre ellas y por eso las liga al ambiente formando un conjunto donde todas las partes dependen entre sí. En este ambiente, conocido en su conjunto, puede orientarse para alcanzar ciertos fines; sin estas adquisiciones faltarían las bases esenciales de la vida de relación. Equivaldría a poseer una excelente colección de muebles sin disponer de habitaciones donde colocarlos acertadamente. ¿De qué serviría la acumulación de las imágenes exteriores, si no existiera el orden para organizarlas? Si el hombre conociera únicamente los objetos y desconociera la relación entre los mismos, se encontraría en un caos sin salida. Es el niño que ha dotado al espíritu del hombre de esta facultad, que podría asemejar un don de la naturaleza; y es la posibilidad de orientarse, de dirigirse para trazar su camino en la existencia. En el periodo sensitivo del orden, la naturaleza ha dado la primera lección, de la misma manera que el maestro presenta a su alumno el plan de la clase, para iniciarle en el estudio del mapa que representa la superficie de la tierra; o también podemos decir que la naturaleza ha confiado al hombre, en la persona del niño, una brújula para orientarse en el mundo. La inteligencia del hombre no sale de la nada; se edifica sobre las funciones elaboradas por el niño durante sus periodos sensitivos.

## EL ORDEN INTERNO

La sensibilidad por el orden existe en el niño simultáneamente bajo dos aspectos: uno exterior, en cuanto a las relaciones entre el niño y el ambiente, y uno interno, que da el sentido de las partes del cuerpo que actúan en los movimientos y en sus posiciones. Es lo que podríamos llamar "orientación interior".

La orientación interior ha sido estudiada por la psicología experimental; ésta ha reconocido la existencia de un tejido muscular que permite al individuo darse cuenta de las diversas posiciones de los miembros de su cuerpo y que regula una memoria especial: la memoria muscular.

Esta explicación establece una teoría puramente mecánica, fundada en la experiencia sobre los movimientos efectuados conscientemente. Por ejemplo: el individuo mueve un brazo para transportar un objeto; este movimiento queda registrado por la memoria y puede reproducirse. El hombre tiene, pues, la facultad de decidir el movimiento de su brazo derecho o de su brazo izquierdo; de volverse de un lado o de otro, gracias a la experiencia que le hace actuar sucesivamente según su razón y voluntad.

Pero el niño ha manifestado la existencia de períodos sensitivos muy desarrollados, en relación con las posiciones diversas del cuerpo, mucho antes de que pueda moverse realmente; y, por consiguiente, establecer experiencias sobre ello. Es decir, que la naturaleza prepara una sensibilidad especial a la actitud y posiciones del cuerpo.

Las antiguas teorías se refieren a los mecanismos nerviosos; los períodos sensitivos se apoyan sobre hechos psíquicos, y son como relámpagos y vibraciones espirituales, que preparan la conciencia; son energías que nacen de la nada, para engendrar los elementos fundamentales, que servirán para la construcción del mundo psíquico. Por consiguiente, es por un don de la naturaleza que se inicia esta elaboración; y las experiencias conscientes lo desarrollan. Las pruebas negativas que denuncian no solamente la existencia, sino la agudeza de este período sensitivo, se efectúan cuando en el ambiente se forman circunstancias que obstaculizan el desarrollo normal y pacífico de las conquistas creadoras. Entonces nace en el niño una agitación violenta que no sólo posee los caracteres perfectamente conocidos del capricho invencible, sino que puede presentar las apariencias de una enfermedad que resiste a todos los tratamientos, mientras subsistan las circunstancias desfavorables.

Vencido o desaparecido el obstáculo, el capricho y la enfermedad se desvanecen inmediatamente. Y esto indica claramente la causa del fenómeno.

Un ejemplo interesante ha sido citado por una nurse inglesa. Debiendo alejarse por algún tiempo de la familia del niño confiado a sus cuidados, dejó para sustituirla a otra nurse igualmente hábil. Ésta encontró fácil la realización de su misión cerca del pequeñín, excepto para el baño. El niño se agitaba y desesperaba: no solamente lloraba, efectuaba movimientos desesperados y violentos, procurando escaparse de las manos de la nurse. Ésta procuraba cada día perfeccionar sus preparativos del baño, pero en vano: paulatinamente el niño cogió aversión a la pobre nurse. Cuando la primera nurse regresó de su viaje, el niño mostró enseguida su docilidad, dejándose bañar y mostrando satisfacción evidente.

La nurse había sido preparada en nuestras escuelas, y por ello se interesó en buscar los elementos psíquicos y en descifrar el enigma infantil relacionado con los fenómenos que hemos relatado. Con gran paciencia procuró descifrar e interpretar las palabras imperfectas que dicen los pequeñuelos en aquella edad primeriza.

Llegó a la conclusión de que el nene había juzgado que la segunda nurse era mala. ¿Por qué motivo? Porque le daba el baño al revés. Las dos nurses comprobaron, en efecto, que mientras la primera cogía al niño con su mano derecha del lado de la cabeza, y con la mano izquierda, del lado de los pies, la segunda nurse tenía la costumbre de hacer lo contrario.

En cierta ocasión intervine en un caso patológico. No directamente como médico, pero pude asistir al desarrollo del proceso. La familia acababa de regresar de un larguísimo viaje y todos opinaban que uno de sus chiquillos era demasiado pequeño para resistir las fatigas inherentes al mismo. Sin embargo, la mamá explicaba que el viaje se había efectuado sin incidente alguno. Todas las noches se habían alojado en hoteles excelentes, avisados con



antelación y en todos ellos se había preparado una cuna confortable y alimentos adecuados para el pequeñuelo. Entonces se encontraban en una cómoda habitación perfectamente amueblada, no había cuna para el nene, y éste dormía en un amplio lecho, junto a su mamá. La enfermedad del niño debutó con agitaciones nocturnas y disturbios digestivos. Por la noche se tuvo que pasear al pequeñuelo, cuyos gritos se atribuían a trastornos digestivos. Consultaron a varios médicos y uno de ellos había ordenado alimentos modernos a base de vitaminas, que recibían preparados con todo esmero. Los baños de sol, los paseos y los tratamientos físicos, no habían dado ningún alivio. El niño empeoraba y las noches las tenían que pasar en vela, fatigándose toda la familia. Al final, se presentaron convulsiones violentas: el niño se agitaba enérgicamente en la cama, con espasmos impresionantes, estos ataques se presentaban dos o tres veces por día. El niño era demasiado pequeño para poder expresarse con palabras, y por consiguiente faltaba el auxiliar más poderoso para indagar su dolencia. Por fin decidieron consultar al especialista más renombrado en enfermedades nerviosas infantiles y le pidieron día y hora para ser visitado. En estas circunstancias tuve ocasión de intervenir; el niño parecía sano, y según decían sus padres, había estado bien de salud y tranquilo durante todo el viaje. Por consiguiente, habría de existir una causa psíquica de estas manifestaciones; un enigma infantil. Mientras me hacía estas reflexiones, el nene se encontraba en la cama, sufriendo uno de aquellos accesos de agitación violenta. Tomé dos sillones, los puse uno delante del otro, formando como una especie de cuna, que rellené con almohadones, puse las correspondientes sábanas y mantas, dejando la cuna así formada junto a la cama. El niño miró sorprendido, dejó de llorar, rodó sobre sí mismo por la cama hasta dejarse caer en aquella cunita improvisada, diciendo: “¡cama, cama!” y pronto se quedó dormido tranquilamente. Sus perturbaciones patológicas ya no se presentaron más.

Es evidente que el niño era sensible al contacto de una camita que envolviese su cuerpo y sus miembros encontrasen un apoyo acariciador mientras que la cama grande no le ofrecía protección alguna. Se había producido un desorden en su interior, originando aquel conflicto terrible; pues los periodos sensitivos son muy poderosos, son la fuerza excitante de la naturaleza creadora.

El niño no siente el orden como lo sentimos nosotros: somos ricos de impresiones y por consiguiente ya indiferentes; pero el niño es pobre y viene de la nada. Sobre él recaen las fatigas de la creación, somos sus herederos. Somos como los hijos de un hombre que ha acumulado riquezas con el sudor de su frente y nada comprendemos de las intensas luchas y fatigas que tuvo que sufrir nuestro padre; somos ingratos e indiferentes, tomando actitudes de superioridad porque estamos bien instalados y la sociedad nos considera. A nosotros nos bastará en lo sucesivo hacer uso de la razón preparada por el niño, de la voluntad que nos ha construido, de los músculos que ha animado para que podamos hacer uso de los mismos. Y nosotros podemos orientarnos en el mundo, porque él nos ha hecho don de esta facultad preciosa y somos conscientes de nosotros mismos, porque él nos ha facilitado esta sensibilidad. Somos ricos por ser herederos del niño, el cual ha sabido extraer de la nada todos los elementos fundamentales de nuestra existencia. El niño cumple el esfuerzo inmenso de dar el primer paso o sea el que va de la nada a los orígenes. Está tan próximo a las fuentes de la vida, que actúa para actuar, ejecutándose así el plan de la creación, del que no tenemos recuerdo ni sensación.